



Ex Astris -Sciencia

Gustavo Alex Tapia Araya
Docente y escritor

Como un susurro hacia la inmensidad, esa noche sobrepasamos el Salar del Carmen y apareció la planicie del desierto.

La luz de la ciudad atrás, las estrellas brillaron y la oscuridad hizo que todo se viera más claro.

En el desierto de Atacama el cielo se despliega como un lienzo infinito, donde las estrellas titilan con la intensidad de los recuerdos y los anhelos de quienes han habitado la zona desde antes de Viracocha, pensé.

Leyendo mis meditaciones, el amigo astrónomo enunció mentalmente "ex astros-scienca": de las estrellas conocimiento.

Otro día sobrepasamos la Quebrada de Carrizo y nuevamente apareció la planicie en las cercanías de La Negra. Recordé la convocatoria de nuestros antepasados a recuperar el cielo estrellado. Impedir que las luces de la ciudad oscurezcan nuestra claraboya celeste. Cada noche, nuestro firmamento se viste de gala y las constelaciones en guardianas de secretos andinos y de changos olvidados, pero susurrando historias a quienes se atreven a mirar hacia arriba.

Aquí el hombre se siente pequeño, pero también inconmensurable. La noche se convierte en un refugio donde los pensamientos flotan como cometas, y cada estrella fugaz es un deseo que se escapa hacia el abismo de las profundidades galácticas.

El alma se eleva, como buscando respuestas en la danza de los astros, hacia las extensiones del brazo de Orión, que se despliega como una extre-

midad de luz sobre la tierra minera.

Nuestros telescopios y radioscopios escuchan la fiesta de los astros en la distancia. Convierten la astronomía en música y poesía. Cada observación en un acto de amor a nuestro vecindario solar.

Las lluvias de meteoros caen como bendiciones iluminando el misterioso lienzo a partir del crepúsculo. Las estrellas son faros que guían a los soñadores, un canto a la resistencia de quienes habitan esta tierra más allá de la Pacha Mama.

Si la naturaleza hablara nos diría que la entristece el que los ciudadanos sólo seamos capaces de admirar la belleza bajo la luz, la misma que nos enceguece y que menospreciamos, un regalo que de tierras lejanas los reyes magos viajan a admirar.

Cuando pasa la medianoche, millones de interruptores en la ciudad apagan las luces. En la más absoluta oscuridad la fauna y la flora nocturna alcanzan su apogeo. Un cielo oscuro, extenso paño de objetos observables, aparece de la nada y a simple vista florece porque no la oculta la niebla de fotones.

Tanto es así que, desde que el neón empezó a devorar la noche, el mundo nunca ha sido un lugar tan luminoso, pero al mismo tiempo tan oscuro. La astronomía no es sólo un estudio de astros sino un viaje hacia lo ignoto, hacia el espíritu. Cada noche el cielo invita a los corazones a soñar, a perderse en la belleza del infinito, recordando que, en cada estrella hay un rasgo que apunta hacia la potencial vida en otros mundos. Así, lo cotidiano deviene en extraordinario. C3